

sigue que es indestructible, y que las puertas del infierno jamas prevalecerán contra ella: esto es, la division que es el principio de la debilidad, y el carácter del infierno, nunca prevalecerá contra la unidad que es el principio de la fortaleza, y el carácter de la Iglesia.

» Aquel Señor, que tiene en su mano los corazones, y que es el único que conoce los limites que ha señalado á las sectas rebeldes, y á las aficciones de su Iglesia, se digne reunir cuanto antes á todos los hijos extraviados, y hacer que tengamos el gozo de ver con nuestros ojos, que el Israel infelizmente dividido se reune con Judá bajo una misma cabeza.»

## VI.

Tres pontífices pasaron rápidamente por la Silla de San Pedro, despues de la muerte del gran Sixto V, antes de que tocase á su término el siglo XVI y comenzara el que se conoce bajo la denominacion de siglo de Luis XIV. Así, pues siguiendo un orden rigurosamente cronológico deberiase hablar ahora de los indicados papas; mas como tambien habriase de interrumpir muy luego la narracion para dar cuenta de los principales sucesos del reinado del hijo de Luis XIII y Ana de Austria, sucesos cuyo conocimiento es necesario para comprender mejor la obra de los Vicarios de Cristo en aquel tiempo, parece mas oportuno consignar aquellos aquí, para poder luego, con todo desembarazo, reanudar sin miedo á interrupciones, las biografías de los pontífices.

El siglo décimoseptimo es la época del poder absoluto en la monarquía francesa y de su preponderancia sobre toda la Europa, debidos aquel y esta á la política de Richelieu y a la de Luis XIV. Tras las primeras oscilaciones de un reinado que comienza por una regencia, la debilidad de una reina ambiciosa y el ascendiente de un favorito entregan la Francia á toda clase de intrigas; vuelven á retoñar las divergencias religiosas, y los Estados generales no osan sacar al reino de la division y angustia en que ha caido. Mas pronto sucedió al italiano Concini y al duque de Luynes el cardenal Richelieu. El indolente Luis XIII abandona el poder que apenas habia recibido: el rey desaparece á la sombra del ministro,

y Richelieu puede proseguir sin obstáculo la realizacion de sus grandiosos planes, á saber: el abatimiento de la casa de Austria, la sumision de los protestantes, y la ruina del poder feudal de la nobleza. Los nobles y los protestantes hacen generalmente causa comun para sustentar su poder amenazado; y en medio de las guerras estrangeras, la Francia tiene dentro de sí misma enemigos que no sueltan las armas; mas la conquista de la Rochela destruyó todas las esperanzas de la república protestante ya organizada. El suplicio de Chalais, de Marillac, de Montmorency y de Cinq-Mars, muestra á los grandes que sus carteles de nobleza no los salvarán de las penas impuestas á la traicion y á revuelta, y al mismo tiempo el ministro poniendo en juego ya las negociaciones ya las armas, subleva á los hereges de Alemania, mueve á los suecos contra los austríacos, arma á la Holanda y apoya á Portugal contra la España. La espada de la Francia se halla dispuesta á descargar golpes memorables, cuando Mazarino sucede á Richelieu, y con la conclusion del tratado de Westfalia da cima á los deseos de su predecesor reduciendo la Alemania á la impotencia.

El célebre reinado de Luis XIV comienza con victorias brillantes, que hacen á la Francia árbitra del destino de la Europa entera, y no obstante este reinado que habia de ser el triunfo de la monarquía absoluta, empieza por un período de disturbios y anarquía. Los ahogos de la Hacienda mal administrada por Mazarino son el origen del descontento: fórmase contra el ministerio la poderosa faccion de los Frondeurs sostenidos por la España, pónense á su cabeza los señores mas ilustres entre ellos Turena y luego el mismo Condé, hasta que Turena vuelto á su deber, termina la guerra con la célebre batalla de las Dunas á la que siguió la paz de los Pirineos con los españoles. Este tratado que daba la mano de María Teresa á Luis XIV y muchas plazas importantes á la Francia, es la última obra notable del ministerio de Mazarino.

La guerra de treinta años fué la postrera y la mas terrible de las grandes luchas á mano armada entre el catolicismo y el protestantismo en Europa. Los gérmenes de division que la paz de Augsburgo dejó entre protestantes y católicos habian brotado con lentitud, pero sin tregua, durante la segunda mitad del siglo décimosesto, período de engrandecimiento para la reforma que fué cre-

ciendo á espensas del poder de los sucesores de Carlos V en Alemania. El hermano de este esclarecido emperador siguió una política diametralmente opuesta á la de su sobrino Felipe, rey de España. Dotado Francisco I de un carácter apacible y moderado, hallábase mal seguro en el trono de Bohemia y en el de Hungría, y amenazado por los perpetuos ataques de los turcos.

Habia reprimido vigorosamente las sublevaciones de los hereges bohemios durante el reinado de Carlos V: mas ascendido al trono imperial por la abdicacion de su hermano y temeroso de crearse nuevos enemigos, evitó tomar medidas rigurosas. Agotados ya todos los esfuerzos para reducir á los disidentes al gremio de la Iglesia católica, permitió que multiplicasen y subdividiesen sus sectas hasta lo infinito, contentándose con oponerles el influjo puramente moral que empezaban á ejercer los jesuitas. Maximiliano II imitó la moderacion y prudencia de su antecesor: las discordias religiosas se fueron apaciguando, y la paz del imperio no se turbó mas que por una guerra contra el príncipe de Transilvania.

El reinado de Rodolfo acabó con el reposo general, pues la incapacidad de este príncipe que en vez de dedicarse á los negocios del imperio se afanaba en leer el porvenir en los astros, hizo retoñar en Alemania todas las discordias y fué preciso acudir otra vez á medidas de rigor para vencer la resistencia de los príncipes reformados. El arzobispo de Colonia que queria secularizar sus estados, contra las cláusulas del tratado de Augsburgo, fué depuesto, las ciudades de Aquisgran y Donawerth, en donde la reforma pretendia establecerse por medio de la violencia, fueron declaradas fuera de ley; mas al momento los protestantes de toda Alemania renovaron su antigua union primeramente en Heilbronn y despues en Halle, para resistir á los atentados del emperador; mientras que los príncipes del Palatinado convertian violentamente el luteranismo de su ducado en calvinismo y espulsaban á cuantos no querian doblegarse á sus caprichos. Matias, hermano de Rodolfo, apoyándose en la union evangélica, logró que le cedieran el Austria y la Hungría; y la sucesion de Cleves y de Juliers, objeto de contiendas entre varios príncipes protestantes y católicos trajo un nuevo motivo de disturbios que al fin dividió la Alemania en dos campos. La confederacion católica de Wurzburg

se organizó frente á frente de las ligas protestantes, y ya principiaban á romperse las hostilidades cuando las suspendió la muerte de Enrique IV de Francia. Esto no retardó la ruina de Rodolfo, quien para calmar los continuos desórdenes habia publicado las famosas cartas reales, que reconocian formalmente la confesion religiosa de Bohemia y declaraban nulo cualquier decreto posterior que tendiera á modificarlas. Pronto hallaron los Bohemios violaciones de este insensato tratado, y sublevándose por ello dieron el cetro al archiduque Matias: El desgraciado Rodolfo se hallaba reducido á su corona imperial, cuando murió, legando increíbles embarazos al hermano que le habia despojado.

La mayor parte de los enemigos de Matias rebelde se convirtieron en enemigos de Matias emperador. La imprudente destruccion de dos templos protestantes en Bohemia, á pesar de las cartas reales, hizo estallar la revuelta y el conde de Thurn, gefe de los sublevados, mandó arrojar por las ventanas del castillo de Praga á cuatro gobernadores austriacos. Esta fué la señal de la guerra. Matias que la habia empeñado murió casi en el momento mismo, y dejó sus estados á Fernando II, mientras los protestantes bohemios daban la corona á Federico V, elector palatino y yerno del rey de Inglaterra, y la Hungría entregaba el cetro á Betlem Gabor, príncipe de Tansilvania. Rodeado Fernando de enemigos estuvo á pique de ser cogido en Viena, mas el duque de Baviera y la Liga católica de Alemania se declararon en favor suyo; el calvinista Federico V, abandonado por los luteranos, perdió por su negligencia y cobardía la batalla de Praga: y mientras sus soldados morian en su defensa, él daba un festin al embajador de Inglaterra. Fernando repartió entre sus aliados los despojos del vencido; para castigar la sublevacion de la Bohemia restableció solemnemente en ella la religion católica, desterró á los ministros protestantes y rasgó las cartas reales, con lo cual terminó el período palatino de la guerra de treinta años.

Pronto empezó el segundo período, en el cual los daneses representaron el principal papel. Inquietos los protestantes por la pujanza de Fernando llamaron en su auxilio á Cristiano IV rey de Dinamarca, y Fernando no queriendo ser dependiente de la liga católica de Alemania, confió el mando de sus tropas al célebre

conde Waldstein, quien se encargó de levantar y mantener á sus espensas un ejército de cincuenta mil hombres, con la condicion de obtener un mando absoluto y de nombrar todos los oficiales. Mientras que Tilly, gefe del ejército católico, derrotaba á Cristiano IV en Lutter, Waldstein invadia el Meklemburgo, la Pomerania y el Holstein, y sitiaba á Stralsund. Temiendo el rey de Dinamarca por sus propios estados firmó un tratado de paz humillante y Fernando vencedor por segunda vez, trató severamente á los Alemanes, lanzó contra los protestantes el edicto de restitucion de los bienes eclesiásticos, y encargado Waldstein de llevarlo á ejecucion, puso la Alemania á merced de sus soldados, y la devastacion fué tan espantosa que las quejas de los mismos aliados de Fernando le obligaron á retirar su confianza á Waldstein. El emperador se habia privado de su mejor general, cuando los Suecos y Gustavo-Adolfo, que acababan de hacerse célebres en las tres gloriosas guerras contra la Dinamarca, la Rusia y la Polonia, se precipitaron sobre Alemania.

*Ese rey de nieve se derretirá al calor del sol del mediodía,* dijo Fernando al recibir la noticia de la invasion; mas si los hombres del norte desconcertaron la rutina alemana principiando la guerra en medio del invierno, no fueron menos terribles en el verano siguiente, y la impetuosa rapidez de sus movimientos inutilizó el sistema de defensa adoptado por el emperador. «Apoderarse de las plazas fuertes siguiendo el curso de los rios, asegurar Suecia cerrando el Báltico á los imperiales, quitarles todos sus aliados y cercar el Austria antes de atacarla: este fué el plan de Gustavo-Adolfo. Si hubiese marchado hácia Viena, solo apareciera á los ojos de los alemanes como un conquistador estrangero, mas arrojando de los estados del norte y del occidente á los imperiales que los asolaban, se presentó cual el campeón del imperio contra el emperador.»

Con la destruccion de Magdeburgo no logró Tilly sino atraer la execucion general sobre su partido, y aumentar sus enemigos: de modo que derrotado en la sangrienta batalla de Leipsig, no pudo impedir que Gustavo-Adolfo atravesara como un torrente los electorados de Tréveris, de Maguncia, y del Rhin, y las provincias de Alsacia y de Baviera, y murió de resultas de las heridas

recibidas defendiendo las márgenes del Lech. Hallándose Fernando sin ejército y sin general hubo de recurrir al orgulloso Waldstein que no quiso aceptar el mando sino revestido de una autoridad militar igual por lo menos á la del emperador. Pronto se hallaron frente á frente los dos mas eminentes generales del siglo, aunque uno y otro andaban recelosos de comprometer su reputacion de invencibles: mas al fin Gustavo-Adolfo fué el primero en atacar para defender al elector de Sajonia, aliado suyo, y Waldstein perdió la batalla de Lutzen que costó la vida al rey de Suecia.

Sin embargo la Suecia conservó el glorioso papel que debia á Gustavo. El ingenio de Oxenstiern y la alianza de la Francia impidieron la disolucion de la liga protestante. Retirado Waldstein en su palacio de Praga, en donde tenia una verdadera corte, esperaba la ocasion de destruir á los suecos, y aun mas la de hacerse independiente del emperador, de lo cual receloso Fernando II se deshizo de él buscando tres asesinos. No obstante, una victoria del archiduque Fernando realzó el partido imperial, y la paz de Praga, siguió muy de cerca á la batalla de Nordlingen. Los suecos no eran bastante fuertes para luchar por sí solos; mas la Francia iba á presentarse en el campo de batalla, y á terminar gloriosamente la guerra.

Richelieu que sostenia á los suecos, se declaró abiertamente contra la España y el Austria; puso en pié siete ejércitos á un tiempo, compró los servicios de Bernardo de Sajonia Weimar, el mejor general de Gustavo-Adolfo, y se abrió la campaña con la victoria de Wettstoch. Al propio tiempo sucedia á Fernando II, Fernando III, príncipe mas tolerante y moderado; pero la guerra encendida en todas partes no podia apagarse de repente. Los imperiales recobraron la superioridad en Alemania, y la frontera francesa de los Países Bajos fué invadida, mientras que en Italia la fortuna era favorable á los españoles, pero las hazañas de Bernardo que tomó á Friburgo y á Brisach, despues de haber derrotado cuatro ejércitos, y principalmente la revolucion de Portugal, que llamó á otra parte las fuerzas de España y la redujo á la defensiva, dieron la superioridad al partido francés cuyos triunfos no detuvo la muerte de Richelieu ni la de Luis XIII. Sostenian la guerra en Alemania por una y otra parte con admirable habilidad Pi-

colomini y Merey general del emperador, y Banner, Tortenson y Wrangel discipulos de Gustavo-Adolfo, y asi es que fué un gran dia para la Francia aquel en que el jóven duque de Enghien, que fué despues el gran Condé, presentándose en medio de esos antiguos tácticos, alcanzó la famosa victoria de Rocroy que inauguraba gloriosamente el reinado de Luis XIV. Mientras que las victorias de Turin, de Casale y de Ivria aseguraban el triunfo de los franceses en Italia, el paralítico Tortenson pasmaba á la Alemania con la fulminante rapidez de sus maniobras, vengaba en Leipsig la muerte de Gustavo Adolfo, é iba á terminar tal vez por sí solo la guerra, cuando su muerte salvó al emperador. Necesarios fueron un nuevo esfuerzo de la Francia y las victorias de Condé y de Turina para obtener la paz que la Europa anhelaba. Merey despues de tres dias de resistencia, vió forzadas las líneas de Friburgo por el duque de Enghien, su feliz enemigo. Los triunfos de Turina, unido con Wrangel, y la célebre victoria de Lens alcanzada por Condé contra el archiduque Leopoldo, fijaron la perplejidad de los plenipotenciarios. La paz de Westfalia cuyos preliminares habian sido acordados en Hamburgo en 1641, abandonados, y despues seguidos en Munster en 1644, fué por último firmada en Munster y Osnabruck en 24 de Octubre de 1648, por los representantes de Francia, Alemania y Suecia, de modo que la España sola continuó la guerra.

Las resoluciones del famoso tratado de Westfalia tuvieron tres objetos: arreglar la situacion política de las potencias que habian tomado parte en la guerra, determinar la posicion de los protestantes de Alemania y sus relaciones con los católicos, y fijar la constitucion interior del imperio. Aseguró á la Francia en la posesion de la soberania de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, y de toda la Alsacia; á la Suecia, en la de gran parte de la Pomerania, del arzobispado de Brema, del obispado de Berden, y de varias otras ciudades y bailías, y le otorgó tres votos en la dieta del imperio. El elector de Brandeburgo desposeido de la Pomerania, recibió en cambio el arzobispado de Magdeburgo, y los obispados de Halbersladt, Miden y Camin, secularizados todos á su favor. La casa de Mecklenburgo obtuvo los obispados de Schewerin y Ratzeburgo: los demas estados de Alemania recibieron diferentes

indemnizaciones y fué reconocida formalmente la independendencia de la Provincias Unidas y de Suiza.

El tratado estendió á los calvinistas el goce de los derechos concedidos á los luteranos por la paz de Augsburgo. La transaccion de Passy y la paz religiosa fueron adoptadas como bases para decidir de los agravios recibidos por causa de religion; y el estado público de los diferentes cultos hubo de ser repuesto en general en toda la Alemania sobre el pié en que estaba en 1.<sup>o</sup> de Enero del año 1624 que se llamó año decretorio ó normal. Todos los bienes eclesiásticos de cuya posesion disfrutaban en aquella época los protestantes debieron quedar en su poder: la cámara imperial debia componerse en lo sucesivo de veinte y cuatro individuos protestantes y de veinte y seis católicos, y el consejo áulico habia de tener seis miembros de la religion reformada.

Otorgóse formalmente el derecho de sufragio á los príncipes y á los estados de Alemania en todas las deliberaciones sobre asuntos de interés general; el emperador declaró que no se tomara determinacion alguna relativa á paz, guerra, contribuciones y alistamiento de tropas sin el libre consentimiento de la dieta germánica, y el consejo áulico del emperador estuvo sujeto á los reglamentos establecidos para la cámara imperial.

Estas eran las principales disposiciones del tratado de Westfalia, que abatió para siempre el coloso imperial, y libró á los pueblos de Europa del temor de una monarquía universal. Tratado notable principalmente en cuanto fué el resultado de una política vislumbrada por la Francia y la Inglaterra en su lucha con la casa de Austria, ensayada por Isabel durante las guerras religiosas, comprendida por Enrique IV, y seguida con habilidad y perseverancia por Richelieu y Mazarino. Quedaba sustituido un sistema enteramente nuevo al que arregló las relaciones de los pueblos durante la edad media. Entonces entre el desórden de una sociedad que estaba elaborando su constitucion, impotentes los soberanos unos contra otros, impotentes contra sus propios súbditos y faltos los mismos pueblos de un órden legal regularmente establecido, invocaron la única autoridad que en el mundo ofrecia un carácter estable, y era la de los soberanos pontífices. Así se estableció el supremo arbitramento de los papas. Este medio era facil, era útil,

ya que la debilidad de los pueblos los hacia incapaces de terminar por sí mismos sus querellas, mas no pudo considerarse sino como una magnífica idea pero difícil de practicar desde el momento en que algun príncipe de Europa fué bastante fuerte para despreciar un tribunal cuyo poder era enteramente moral, ó para querer tener al juez bajo su dependencia, como lo intentó Carlos V.

«Entonces los grandes soberanos libres de cuidados por parte de sus vasallos empezaron á tender la vista hacia el exterior, y formar proyectos de engrandecimiento y de conquista: entonces la política hubo de hacer tambien nuevos progresos, y los resortes que puso en accion crearon el influjo de unas potencias sobre otras. Las que celosas de su independenciam temian por su libertad, concibieron la idea de construir una balanza de poderes capaz de preservarlas de la opresion y de las usurpaciones de los príncipes ambiciosos; y de ahí las embajadas, las negociaciones, las guerras que se hicieron generales por el concurso de las potencias que creian necesario tomar parte en ellas, y por fin los proyectos de establecer una barrera en que anduvieron ocupadas todas las cortes. La casa de Austria bastante poderosa para dar sospechas de aspirar á la monarquía universal, fué la primera contra la que se creyó oportuno dirigir los resortes de esta nueva política. La constitucion germánica consolidada por la paz de Westfalia se halló erigida en barrera contra las demas potencias, y este tratado vino á ser todo el fundamento de la política moderna.» El sistema de equilibrio, sistema eminentemente defensivo y conservador, tendió al doble objeto de mantener las justas relaciones de los pueblos grandes ó pequeños entre sí, poniendo obstáculos al excesivo engrandecimiento de una potencia y de prevenir las guerras, sustituyendo á la fuerza de las armas el arte de la diplomacia. Mas la aplicacion estuvo muy distante de corresponder á tan grande y noble tarea. El tratado de Westfalia tan solo logró imperfectamente su objeto, porque no fundó en bases muy sólidas y naturales el equilibrio que debia establecer entre los pueblos. Llevados los negociadores del afan de equilibrar el influjo de los estados de Alemania, ocuparon su atencion en las relaciones físicas sin atender á las de carácter, de genio y de religion, mucho mas importantes que las primeras, y sacrificando á sus

cálculos los derechos mas legitimos, unieron en pro de la conveniencia geográfica ciertos pueblos cuyos intereses y creencias eran opuestos.

La idea del equilibrio hizóse cada dia mas material para los estados; convirtióse en una apreciacion exacta de los recursos, en un tanteo de los productos de los imperios y en un cálculo del número de subditos y de soldados. Cada vez que llegó un pueblo á empuñar las armas, requiriólas tambien su vecino; y este fué casi el único fundamento de las relaciones establecidas entre los pueblos, puesto que para nada se contó con las fuerzas intelectuales y morales, que no sufren ser medidas. Menospreciada la inteligencia abandonó toda esta armazon que solo podia subsistir con ella, y esta fué la causa de las sangrientas guerras que habian de estallar en el siglo décimooctavo, y de las crisis religiosas que aun en nuestros dias alteran el centro de Europa. Por otra parte el equilibrio organizado para el medio dia, jamás se estableció sino incompletamente en el norte, cuyo futuro destino todavía no se vislumbraba; y de ahí provino el prodigioso acrecentamiento de una potencia que con la inicua desaparicion de Polonia, y con otras invasiones, amenaza derribar ese sistema, fruto de tantas luchas y de esfuerzos tantos.

## VII.

Luis XIV llegado á su mayor edad se siente con demasiado orgullo y energia para aceptar el papel pasivo y humillante al cual estuvo reducido su padre, y despues de la muerte de Mazarino empuña las riendas del estado y lo dirige por sí solo. Posee en alto grado la primera y mas esencial de las dotes que se requieren para ser soberano de una vasta monarquía, esto es, el tino de rodearse de grandes hombres, de reconocer sus servicios, de utilizarlos y de reunirlos en torno suyo para brillar con el esplendor de su talento. Colbert restablece la hacienda que habia caido en una espantosa confusion; Condé, Turena, Luxemburgo, Villars, cuentan sus victorias por sus batallas; Vauban cierra las fronteras á la invasion por medio de admirables fortificaciones; Duquesne, Turbille, Juan Bart mandan la temible marina creada por Luis XIV.